

## DISCURSO

*Leído por el ciudadano Dr. José Eleuterio Gonzalez en la solemne distribución de premios del Colegio civil de la ciudad de Monterey, verificada en la noche del 29 de Agosto de 1869.*

Si contemplásemos en mas sublime esfera los hados venideros de la especie humana, fuerza será reconocer los progresos innegables de su educación hácia un estado de perfectibilidad indefinida. Las raíces de la especie humana están sin duda ocultas en las entrañas de la tierra, cual las de los corpulentos árboles que le cubren la superficie; pero la antigüedad no fué mas que la juventud del mundo, y nosotros somos los verdaderos antiguos, felices herederos de los descubrimientos y tareas de nuestros mayores.

Virey, Hist. nat. gen. hum. t. 2 p. 190.

Eterna ley dictada por la infinita sabiduría del Muy Alto, es que el hombre, para no confundirse con el resto de la creación, tenga por distintivo carácter la facultad de inventar y de perfeccionar sus invenciones. Si el

Hombre, como dice S. Gregorio, tiene de común la existencia con las piedras, la vida con los árboles, el sentir con los animales y el pensar con los espíritus angélicos, ¿cuál es el rasgo que, correspondiéndole á él solo y de ninguna manera á otro, pueda servir como de marca para distinguirlo de los demas seres creados? Que responda por mí el ilustre Fabrica que tan felizmente añadió á la fórmula del célebre Linceo las siguientes palabras: *Los hombres crecen, viven, sienten, razonan, inventan y perfeccionan sus inventos.* Tal es la innata tendencia de la humanidad hácia la perfección. Tal es la ley del progreso continuo del entendimiento humano.

El hombre, á fuerza de pensar y escudriñar los arcanos, al parecer incomprensibles de la naturaleza, algo encuentra; y á fuerza de pensar y escudriñar de nuevo, perfecciona lo que halló. Vuelve á pensar y mas alcanza, piensa otra vez y nuevas perfecciones añade. Esta ley primordial de la naturaleza humana, como todas las que emanan de la infinita sabiduría del Increado, ha de cumplirse á despecho de cuantos obstáculos le opongan los mismos hombres y las mas embarazosas y contrarias circunstancias, sin que puedan ser parte á impedir su cumplimiento, ni la brevedad de la vida, ni las contradicciones del despotismo y la ignorancia. Muere el hombre y sus pensamientos se conservan en la

memoria de los vivos. Desaparece una generacion y sus adelantos pasan á las generaciones siguientes. Parece un pueblo, y nuevos pueblos, que se levantan despues de él, explotan á porfia sus enterradas artes y sus olvidadas ciencias. En vano los Atilas y los Omars destruyen los monumentos de las artes. En vano los bárbaros del norte intentan aniquilar los conocimientos humanos. El entendimiento del hombre, lento como el curso de los siglos; pero firme como la incontrastable accion del tiempo, lucha sin tregua por espacio de mil años y triunfa al fin de la ignorancia, rompiendo el denso velo de las negras tinieblas de la edad media.

Pero sin remontarnos á tiempos tan antiguos, ni trasportarnos á lugares tan distantes, busquemos un ejemplo en nuestra misma historia y en nuestra propia tierra, que nos será mucho mas grato recordar los hechos de nuestros abuelos, aunque simples y rudos, que los de los hombres mas ilustres y afamados del antiguo mundo.

¿Qué era Monterey, decidme, hace trescientos años justos, cuando el hijo de Carlos V dió al caballero Carabajal el mandato de erigir el Nuevo Reino de Leon? Un puñado de aventureros infelices, extraviados en busca de dudosas riquezas. Un pueblo pequenísimo, el miserable pueblo de Santa Lucía, sujeto á la jurisdiccion del Alcalde mayor de San Luis

Potosí, y último término, entonces, de la cristiandad por este rumbo. ¿Y qué era veintisiete años despues, cuando Montemayor le dió en forma el rumboso título de ciudad Metropolitana? Un agregado informe de miserables cabañas, mal construidas y peor cubiertas con las toscas cortezas del sabino, habitadas por treinta y cinco mil indígenas recién salidos de los bosques y treinta y cuatro familias de labradores europeos, poco menos ignorantes y rudos que los recién convertidos salvajes. Sin embargo, en este pueblo eutenebrecido con tan crasa ignorancia, comenzaban á brillar los primeros destellos de la consoladora luz de la civilizacion. En medio de él estaba ya enarbolada la prodigiosa y santa enseña de la cruz, civilizadora por excelencia, y se escuchaba la bienhechora voz de un infatigable Apóstol, que trabajaba día y noche con incesante anhelo, enseñando las sublimes verdades del Evangelio, las máximas de la moral mas pura, los inmensos beneficios del estado social y los primeros rudimentos de las artes mas precisas á la vida del hombre. Este venerable Apóstol, este hombre tan digno de nuestra admiracion y gratitud, como lo fué de la veneracion y del amor de sus oyentes, era Fray Andres de Leon, el misionero intrépido y resuelto, que acompañado de sus dos fieles colaboradores Fr. Diego de Arcaya y Fr. Antonio Zalduendo, em-

prendió la meritoria cuanto difícil obra de civilizar y de moralizar un pueblo. Véase á estos insignes varones continuamente ocupados en enseñar y acariciar á los niños, en catequizar á los neófitos, en atraer con la predicación y los halagos á los infieles y en contener con su voz y con su influjo las demasías de los blancos. Después de algun tiempo de este ímprobo, pero fructuoso trabajo, se les unieron algunos otros misioneros, y fueron ya bastantes para formar un monasterio, que fué desde luego un centro de instrucción, donde muchos y buenos obreros dedicaban sus fuerzas y su vida á la dificultosa tarea de instruir á los ignorantes. ¡Feliz de Nuevo-Leon si los fines hubieran correspondido á tan preciosos principios!

Mas ¡ah! que los desmanes é irreformable conducta de los blancos, y la inconstancia y rebeldía de los indios, no tardaron en poner eficacísimas causas de retraso á la comenzada obra. Una guerra terrible estalló entre ambas razas, que, prolongándose por luengos años, embarazaba eficazmente las didácticas tareas de los afligidos misioneros. En este período lamentable, que duró mas de cien años, se veía aquí, lo mismo que en todas partes y en todos tiempos, al espíritu de progreso luchar abiertamente con incesante afán y avanzar con suma lentitud. Los niños en tan calamitoso tiempo, eran los únicos en

quienes se utilizaba la enseñanza. Por este medio, al menos, se conseguía que la generación siguiente viniera á ser un poco mejor que la que le habia precedido.

A pesar de la guerra intestina y desastrosa, que parecia absorverlo todo, no se extinguía enteramente la benéfica luz de la ilustración y algunas pequeñas centellas brillaban de cuando en cuando. La inimitable constancia de los misioneros y alguno que otro hombre justo, que solia haber entre los colonos de raza blanca, hacian que se multiplicaran los pueblos y con ellos las escuelas, superando dificultades que hubieran desalentado aun á los espíritus constantes.

Cuando los males llegaban á su colmo, cuando parecia que una inevitable ruina debia ser el término natural de tan desesperada situación; he aquí, que la Providencia, que vela sobre el destino de los hombres y que jamás los abandona, se valió de la sabiduría, firmeza y rectitud del Gobernador Barbadillo y de la incontrastable perseverancia y buenas intenciones de Fr. Juan de Lozada y de Fr. Tomás del Páramo, para reorganizar la desconcertada máquina de tan desquiciada sociedad, dando un término feliz á la esclavitud de los indios, á las tiranías de los blancos y á la guerra devastadora, que affligió por tantos años á esta miserable tierra. Cinco mil familias pacificadas de entre los sublevados indios fueron

reducidas á la obediencia y puestas en nuevos pueblos ó agregadas á las antiguas misiones. Lo que en su origen fué el miserable pueblo de Santa Lucía, llegó á ser entónces una Provincia con una buena ciudad y muchos pueblos y caseríos, distribuidos en trece Alcaldías Mayores, todas con sus correspondientes oficinas servidas, en su mayor parte, por hijos del país, medianamente instruidos para poder desempeñar sus respectivos encargos.

No faltaron despues algunas causas especiales que favorablemente impulsaron la pública instruccion. ¡Cuan grato es para mí consagrar un recuerdo en esta vez á la alma generosa y sensible que fué la primera que en esta ciudad abrigó la fecunda idea de promover la educacion secundaria! ¿Y quién creis que concibió tan elevado pensamiento? ¿Sería, por ventura, alguno de aquellos fastuosos Gobernadores, que mandaban los poderosos vireyes de México? ¡O sería, tal vez, alguno de aquellos magníficos y ostentosos Obispos de la Nueva Galicia, que solian de vez en cuando visitar estas apartadas porciones de su extensísima Diócesis? ¡Ah no! nada de eso, por cierto, que estaba reservado tan alto honor á la alma sencilla y tierna de una muger. Doña Leonor Gómez de Castro que, como aquella ilustre matrona hija de Scipion y madre de los Gracos, estimaba la educacion de la juventud mas que las preciosísimas joyas de las

señoras de Campania, dió seis mil pesos para que se fundara una cátedra en que los jóvenes pudieran aprender el armonioso y elegante idioma de Ciceron y de Virgilio. Pero me direis: ¿qué importa una cátedra de latinidad? ¿Qué bienes podrian resultar de tan miserable institucion? ¡Ah! no hableis de esa manera, que como dice el Evangelio Santo: “Un grano de mostaza . . . . es el menor de todas las simientes; pero despues que crece, es mayor que todas las legumbres, y se hace árbol.” (1). En esa pequeña cátedra, en esa miserable institucion y bajo el magisterio del humanista humilde, pero inteligente D. Juan Paulino Fernandez de Rumayor, comenzó su carrera literaria el mas ilustre de los hijos de Monterey, el Dr. D. Servando Teresa de Mier. Allí tambien comenzó á tomar los primeros rudimentos y el amor de las ciencias, el célebre Dr. D. José Bernardino Cantú. ¡A estos dos insignes varones cuanto debe Nuevo-Leon! El uno diputado en los dos primeros congresos nacionales, y el otro miembro de la diputacion Provincial de Monterey, trabajaron asiduamente, empleando sus claros talentos y su influjo, al establecerse la República, en asegurar la independendencia de Nuevo-Leon y en echar los fundamentos de su bienestar y engrandecimiento.

[1] Math. C. XIII, v. 31.

Tocados de una noble emulacion los misioneros, por el esclarecido ejemplo de Doña Leonor, instituyeron en su convento cátedras donde los jóvenes pudieran completar su educacion secundaria. Allí se vió á Fr. Cristobal Bellido Fajardo enseñar públicamente, con universal aplauso, la retórica y la filosofía, y á nuestro buen Dr. Cantú frecuentar sus aulas para prepararse á prestar los eminentes servicios de que el Estado le es deudor.

El establecimiento de la Silla Episcopal en Monterey dió un poderoso impulso á la educacion. Nuevas escuelas se fundaban y se mejoraban las antiguas. Uno de los primeros Prelados, el Imo. Sr. D. Andres Ambrosio de Llanos y Valdés fundó un colegio seminario, al que agregó la antigua cátedra de latinidad. El primer profesor de filosofía de este seminario fué el ilustrado Dr. Cantú, que tuvo la gloria de contar entre sus discípulos al egregio Dr. D. Miguel Ramos Arizpe, eminentemente republicano, alma del segundo congreso de la nacion, autor y sostenedor del famoso proyecto de la constitucion de 1824. De este mismo colegio seminario, que fué por mas de medio siglo el único establecimiento literario que hubo en las cuatro provincias de Oriente, salieron muchos hombres insignes en saber, que fueron y han sido el lustre y el apoyo del Estado y algunos de los cuales me escuchan en esta vez. Hoy con dolor vemos

por tierra ese plantel de tan gloriosos recuerdos. ¡Oh ejemplo triste de la estraña vicisitud de las cosas humanas!

Erigido Nuevo-Leon en Estado independiente y soberano, su primer congreso constituyente atendió, con loable preferencia, al importante negocio de la educacion pública. Testigos intachables de esta verdad son sus sapientísimos decretos sobre escuelas, sobre el establecimiento de un colegio de Abogados, sobre el modo de formar y graduar estos profesores: y sobre la ereccion de una casa de beneficencia, correccion y enseñanza. Los demas congresos no han descuidado seguir tan noble ejemplo, y no ha habido uno que no se ocupe mas ó menos de tan interesante objeto. Si muchas de tan sabias disposiciones no se han cumplido, es culpa de los tiempos.

Y no solo las legislaturas han dirigido sus miras al engrandecimiento de la inteligencia del pueblo, sino que tambien ha habido otra clase de personas beneméritas que se han esforzado en promover utilísimas mejoras. D. Joaquin García, de feliz memoria, uno de nuestros mas ilustres Próceres, Magistrado supremo en 1823, procuró establecer en esta ciudad nada menos que una escuela de Medicina, con el fin de aclimatar las ciencias naturales, y llegó á ver enseñarse públicamente la delicada y curiosa ciencia de la organiza-

cion del hombre. El Presbítero D. Felipe de Jesus Zepeda, á pesar de sus gravísimas ocupaciones y su eminente posición social, dejó su muy pingüe curato de Lináres, y no se desdennó de venir á encargarse de la dirección de una escuela de primeras letras y escribir él mismo, con minuciosa escrupulosidad, los libros elementales mas precisos para conseguir, como lo consiguió, formar una escuela modelo, para que conforme á ella se arreglaran las demas, y pudiera darse en todas una instrucción tan sólida como bien dirigida. Gracias á los profundos conocimientos y á los asiduos trabajos de este buen ciudadano tenemos hoy abundancia de excelentes profesores y de libros textuales para las escuelas. Otros muchos ha habido que, con laudable celo, se han ocupado en extender y mejorar la educación, de los cuales no me ocuparé, porque aun viven los mas de ellos.

En nuestros dias hemos visto levantarse el colegio civil, cuyo elogio no me corresponde hacer y cuya historia os es bien conocida por los anuales informes que, en esta solemne ceremonia, acostumbra hacer su dirección, y solo repetiré lo que ya sabeis, que en el decenio que lleva de existir el mas borrascoso, sin disputa, para México, su vida no ha sido mas que un tejido inextricable de dificultades inmensas, y una incensante y desesperada lucha. Pero ¿cuándo el espíritu humano ha

dejado de luchar con los numerosos óbices que se oponen al progreso? ¿Cuándo ha podido ilustrarse el entendimiento sin vencer obstinadas resistencias? ¿Cuándo han podido alcanzarse los beneficios de la ciencia sin emplear un trabajo tan ímprobo como constante? Con razón ha dicho el mas sabio de los Reyes, hablando del estudio de las cosas que se hacen debajo del sol: "*Esta pésima ocupación dió Dios á los hijos de los hombres, para que se ocuparan en ella.*" (1)

Graves dificultades han superado los pueblos todos de la tierra para progresar un poco; pero Nuevo-León ha tenido, acaso, que vencerlas mas numerosas y mayores. Bajo el gobierno colonial ni sintió el peso de la cadena, ni gozó la paz de la dominación. No pagaba tributos ni gabelas. Poco ó nada obedecía las órdenes de los vireyes y de la corte, porque las enervaba la distancia. Esto hizo decir al Padre Santamaría, (2) que Carabajal habia dejado aquí la mala semilla de la inobediencia. En cambio el nuevoleonés era soldado toda su vida, equipado á su costa y en cotidiana guerra con los salvajes. Pueblo pobre y nunca en paz ¡qué malas condiciones para poder progresar en la instrucción! Hecha la independencia, subsistían las mis-

[1] Eccles. C. I, v. 13.

[2] Relación histórica de la colonia del N. Santander t. I, pag. 203.

V mas causas de atrazo, y ademas la necesidad de mantener un gobierno completo, siendo tan pequeños sus recursos, es decir, se añadió una dificultad mas. Despues las continuas revueltas políticas y la malhadada intervencion añadieron dificultades á dificultades: y hoy las multiplica la pública miseria; de manera que son como las cabezas de la hydra de Lerna que donde una se cortaba brotaban otras nuevas. Y sin embargo de todo esto, Nuevo-Leon ha progresado. Compárese un siglo con otro, un decénio con el que le antecedió y se verá el adelanto. Necesario es tener fé en el porvenir, porque: *quien no espera vencer ya está vencido.* (1)

En medio, pues, de dificultades tantas, oh jóvenes que habeis abrazado la penosa carrera de las letras, perseverad constantes en vuestro buen propósito de adquirir á cualquier costa la luz resplandeciente del saber, bien seguros de que en la eterna pugna de la luz con las tinieblas, éstas llevan siempre la peor parte. Es el entendimiento humano, lidiando con la ignorancia, como aquel poderoso Anteo, descomunal gigante de la Libia é hijo predilecto de la tierra, que cuando caía rendido bajo los formidables y redoblados golpes de la pesada maza del fortísimo Alcides, el contacto de su madre le comunicaba nueva

[1] Olmedo la victoria de Junin.

vida y se levantaba mas pujante y furibundo para emprender de nuevo la lucha con mayor obstinacion. Dedicad, pues, con todas vuestras potencias al estudio é investigacion de la verdad, con una fé ciega de que no hay poder humano que pueda contrastar al espíritu de progreso, que se adelanta arrollando cuantas dificultades se afanan en oponerle la ciega ignorancia y la insidiosa malicia.

Pero ya me parece que os levantaiis diciéndome: "*Nosotros progresamos. Cada dia algo aprendemos. La leccion que hoy supimos la ignorábamos ayer.*" Bueno, muy bueno es eso; pero no basta, absolutamente no basta. Es de todo punto necesario añadir á los conocimientos, adquiridos por el estudio la probidad, la prudencia y la práctica constante de todas las virtudes. No debemos apreciar la ciencia por lo que ella es en sí, sino por los bienes que produce. Es como la riqueza material, que no se estima por su intrínseco valor, sino por el bienestar que por su medio se alcanza. De aquí se viene en conocimiento claro de que tanto importa tener las luces de la ciencia, como saber usar de ellas, segun las reglas de la sana razon y de la mas estricta justicia, porque como decía Platon: (1) "*La ciencia que está lejos de la justicia, astucia mas bien que sabiduría debe llamarse.*" En efecto. ¿Qué es un hom-

[1] Harte exám. de ing. C. 17, art. 4.

bre adornado de los mas altos conocimientos científicos y del mas profundo estudio del corazón humano, que en vez de usar bien de estos preciosos dones solo se ejercita en cometer iniquidades? Es, por cierto, un animal dañino que solo tiene instrumentos para el mal: y que mil veces merece ser destruido por el bien comun de los hombres. Es, pues, tan necesaria la ciencia como la probidad. En la union de estas dos cosas está el progreso, el verdadero y único progreso digno de ser ardentemente deseado. Si la ciencia falta, se yerra por ignorancia, y si falta la probidad, se yerra por malicia; y obligados estamos á evitar el yerro de cualquier parte que proceda.

Marchad, pues, con paso firme, oh jóvenes alumnos, por el bello sendero del progreso, sobre todo, vosotros que acabais de ser condecorados con los honrosos lauros, que por vuestros personales méritos habeis sabido merecer. A vosotros, que sois la porcion mas selecta de los escogidos, á vosotros obligamos que á nadie el cumplimiento de este sagrado deber. "*Dios y la naturaleza nada hacen en vano,*" dice un axioma antiguo, y si os dieron mas inteligencia, mas amor al estudio y mejor índole fué, sin duda, para que empleais estos inestimables dones en bien de la humanidad. De otro modo ni aun siquiera tendríais derecho á gozar de los bienes que la

sociedad proporciona. ¿No fué dotado de materiales fuerzas el campesino inculto, para que rompiendo la tierra os facilite la adquisicion del necesario sustento? ¿Nó fué concedida la habilidad y destreza al utilísimo artesano, para que os sirva y contente hasta vuestros menores caprichos? ¿Nó se le dió el acomodado ingenio al industrioso y activo mercader, para que os traiga de los mas remotos países las cosas que pueden seros mas necesarias ó agradables? ¿Nó han sido repartidos, en fin, tan diversos dones á tan diferentes individuos, para que cada uno concorra con ellos al bienestar comun? Pues siendo esto así, claro está que la intencion y voluntad bien manifiesta del Supremo Regulador de las sociedades no fué, ni es otra, sino que la humanidad entera sea una sola y única sociedad de auxilios mútuos. ¿Con qué derecho, pues, intentareis vosotros eximir os de cumplir con la obligacion que os cupo en suerte? Si recibisteis naturales disposiciones para las ciencias, ciertísimo es que con las ciencias debeis concurrir al bien procomunal.

Mas como el hombre no perfecciona sus facultades sino por el uso constante de ellas, que admirablemente le facilita la pronta y feliz ejecucion de sus obras, es preciso que desde ahora que estais en edad tierna, os dediqueis á la práctica de todas las virtudes, con todo el empeño de que fuereis capaces; de lo



contrario seréis hombres perdidos para vosotros y para la sociedad. ¿Hay alguno de vuestros concoleas á quien cupo en suerte un escaso entendimiento? Ayudadle á comprender lo que no entiende, explicándole con paciencia y enseñándole lo que ignora. ¿Hay otro que, por su mal, está dominado de la perniciosa pereza? Ayudadle á sacudir tan oprobioso yugo, exhortándole con la voz y animándole con el buen ejemplo. ¿Hay un tercero que, por su desgracia, manifiesta peligrosas tendencias hácia el vicio? Ayudadle á salir del mal camino, poniéndole de manifiesto la hermosura de la virtud y aterrándole con el castigo y la ignominia que le esperan si no se aparta del mal. Haced todo esto con la moderacion, benevolencia y cordura que corresponde á jóvenes inteligentes, juiciosos, bien educados y mejor intencionados. Así llegareis á contraer el hábito de hacer el bien y de amar á vuestros semejantes. En este amor fecundo en buenas obras consiste el verdadero lazo social, que la religion santa transformó en la obligatoria ley de caridad. Educad y creced imbuidos en esta santa ley, y llegados á la edad madura, seréis buenos padres, amando con ternura á vuestras familias; buenos ciudadanos, amando con entusiasmo á vuestra Patria; y buenos hombres y buenos filósofos, amando con todo vuestro corazón á la humanidad entera.—DIE.

## DISCURSO

*Pronunciado por el Dr. José Eleuterio González, director del Colegio civil de Monterey en la distribucion de premios del mismo colegio, el día 28 de Agosto de 1870.*

Condenada, pues, la especie humana á caminar siempre hácia la perfeccion, que todavía no ha alcanzado, y que probablemente no alcanzará nunca, y siendo sus individuos juguete de la fatal prerrogativa de poder abusar espantosamente de sus facultades, apenas ofrecen algunos ejemplares que poder imitar: solo en sí misma, esta es, en la especie entera, manifiesta la plenitud de sus rasgos, y de sus caracteres, de donde debemos tomar los fundamentos de nuestra perfeccion.

*LANUZA. Discurso preliminar á la obra de Rusel intitulada Sistema físico y moral del hombre.*

SEÑORES:

Extraño parecerá, por cierto, que en un campo tan vasto, como el que esta festividad solemne á la oratoria presenta, mi pobre espíritu no encuentra un pensamiento nuevo